

SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE LA DESTRUCCIÓN

En pleno verano de 1943, durante un largo período de calor, la Royal Air Force, apoyada por la Octava Flota Aérea de los Estados Unidos, realizó una serie de ataques aéreos contra Hamburgo. El objetivo de esa empresa, llamada «Operation Gomorrah», era la aniquilación y reducción a cenizas más completa posible de la ciudad. En el raid de la noche del 28 de julio, que comenzó a la una de la madrugada, se descargaron diez toneladas de bombas explosivas e incendiarias sobre la zona residencial densamente poblada situada al este del Elba, que abarcaba los barrios de Hammerbrook, Hamm Norte y Sur, y Billwerder Ausschlag, así como partes de St. Georg, Eilbek, Barmbek y Wandsbek. Siguiendo un método ya experimentado, todas las ventanas y puertas quedaron rotas y arrancadas de sus marcos mediante bombas explosivas de cuatro mil libras; luego, con bombas incendiarias ligeras, se prendió fuego a los tejados, mientras bombas incendiarias de hasta quince kilos penetraban hasta las plantas más bajas. En pocos minutos, enormes fuegos ardían por todas partes en el área del ataque, de unos veinte kilómetros cuadrados, y se unieron tan rápidamente que, ya un cuarto de hora después de la caída de las primeras bombas, todo el espacio aéreo, hasta donde alcanzaba la vista, era un solo mar de llamas. Y al cabo de otros cinco minutos, a la una y veinte, se levantó una tormenta de fuego de una intensidad como nadie

Hubiera creído posible hasta entonces. El fuego, que ahora se alzaba dos mil metros hacia el cielo, atraído con tanta violencia el oxígeno que las corrientes de aire alcanzaron una fuerza de huracán y retumbaron como poderosos órganos en los que se hubieran accionado todos los registros a la vez. Ese fuego duró tres horas. En su punto culminante, la tormenta se llevó frontones y tejados, hizo girar vigas y vallas publicitarias por el aire, arrancó árboles de cuajo y arrastró a personas convertidas en antorchas vivientes. Tras las fachadas que se derrumbaban, las llamas se levantaban a la altura de las casas, recorrían las calles como una inundación, a una velocidad de más de 150 kilómetros por hora, y daban vueltas como apisonadoras de fuego, con extraños ritmos, en los lugares abiertos. En algunos canales el agua ardía. En los vagones del tranvía se fundieron los cristales de las ventanas, y las existencias de azúcar hirvieron en los sótanos de las panaderías. Los que huían de sus refugios subterráneos se hundían con grotescas contorsiones en el asfalto fundido, del que brotaban gruesas burbujas. Nadie sabe realmente cuántos perdieron la vida aquella noche ni cuántos se volvieron locos antes de que la muerte los alcanzara. Cuando despuntó el día, la luz de verano no pudo atravesar la oscuridad plomiza que reinaba sobre la

ciudad. Hasta una altura de ocho mil metros había ascendido el humo, extendiéndose allí como un cumulonimbo en forma de yunque. Un calor centelleante, que según informaron los pilotos de los bombarderos ellos habían sentido a través de las paredes de sus aparatos, siguió ascendiendo durante mucho tiempo de los rescoldos humeantes de las montañas de cascotes. Zonas residenciales cuyas fachadas sumaban doscientos kilómetros en total quedaron completamente destruidas. Por todas partes yacían cadáveres aterrorantemente deformados. En algunos seguían titilando llamas de fósforo azuladas, otros se habían quemado hasta volverse pardos o purpúreos o se habían reducido a un tercio de su tamaño natural. Yacían retorcidos en un charco de su propia grasa, en parte ya enfriada. En la zona de muerte, declarada ya en los días siguientes zona prohibida, cuando a mediados de agosto, después de enfriarse las ruinas, brigadas de castigo y prisioneros de campos de concentración comenzaron a despejar el terreno, encontraron personas que, sorprendidas por el monóxido de carbono, estaban sentadas aún a la mesa o apoyadas en la pared, y en otras partes, pedazos de calefacción

Reventadas. Otros estaban tan carbonizados y reducidos a cenizas por las ascuas, cuya temperatura había alcanzado mil grados o más, que los restos de familias enteras podían transportarse en un solo cesto para la ropa.

El éxodo de los supervivientes de Hamburgo comenzó ya la noche del ataque. Empezó, como escribe Nossack, «un desplazamiento incesante por todas las carreteras de los alrededores... sin saber hacia dónde».³⁴ Hasta los territorios más exteriores del Reich fueron a parar los refugiados, en número de un millón y cuarto de personas. Con fecha 20 de agosto de 1943, en el pasaje antes citado, Friedrich Reck informa de unos cuarenta o cincuenta fugitivos que intentaron asaltar un tren en una estación de la Alta Baviera. Al hacerlo, una maleta de cartón «cayó en el andén, se reventó y se yació de su contenido. Juguetes, un estuche de manicura, ropa interior chamuscada. Finalmente, el cadáver de un niño asado y momificado, que aquella mujer medio loca llevaba consigo como resto de un pasado pocos días antes todavía intacto».³⁵ Es difícil imaginar que Reck se inventara esa espantosa escena. Por toda Alemania, de una forma o de otra, la noticia de los horrores de la aniquilación de Hamburgo debió de difundirse a través de los fugitivos, que oscilaban entre una histérica voluntad de supervivencia y la más grave apatía. El diario de Reck, al menos, es una prueba de que, a pesar la censura de noticias que reprimía cualquier información exacta, no era imposible saber de qué forma tan aterradora perecían las ciudades alemanas.

Reck informa también, un año más tarde, de las decenas de miles que, después del gran ataque a Munich, acamparon en el recinto de la Maximilianplatz. Y escribe luego: «Por la cercana autopista del Reich [se mueve] una interminable corriente de refugiados, frágiles ancianas que arrastran, sobre largos palos que llevan a la espalda, un fardo con sus últimas pertenencias. Pobres sin hogar con la ropa quemada y ojos en los que todavía se refleja el espanto del remolino de fuego, de las explosiones que lo despedazaban todo, de quedar sepultado o de la vergonzosa asfixia en un sótano».³⁶ Lo más notable de esas anotaciones es su rareza. Realmente parece como si ninguno de los escritores alemanes, con la única excepción de Nossack, hubiera estado en aquellos años dispuesto o en condiciones para escribir algo concreto sobre el curso y los efectos de una campaña de destrucción tan larga, persistente y gigantesca. En eso tampoco cambió nada una vez finalizada la guerra. El reflejo casi natural, determinado por sentimientos de vergüenza y de despecho hacia el vencedor, fue callar y hacerse a un lado. Stig Dagerman, que en el otoño de 1946 informaba desde Alemania para la revista *Expressen*, escribe desde Hamburgo que viajando en tren, a velocidad normal, estuvo contemplando durante un cuarto de hora un paisaje lunar entre Hasselbrook y Landwehr y no vio un solo ser humano en aquella inmensa zona incontrolada, quizá el campo de ruinas más horrible de toda Europa. El tren, escribe Dagerman, como todos los trenes de Alemania, estaba muy lleno, pero nadie miraba afuera. Y a

él lo reconocieron como extranjero *porque* lo hacía.³⁷ Janet Flanner, que escribía para el *New Yorker*, hizo las mismas observaciones en Colonia, que, según dice en sus reportajes, reposa «en su orilla del río... entre los escombros y la soledad de una destrucción física total... sin ninguna figura. Lo que ha quedado de su vida —seguimos leyendo— se abre camino con esfuerzo por carreteras Secundarias repletas: una población encogida, vestida de negro... muda como la ciudad». ³⁸ Ese mutismo, ese cerrarse y hacerse a un lado es la razón de que sepamos tan poco de lo que pensaron y vieron los alemanes en el medio decenio Comprendido entre 1942 y 1947.

II

¿Por dónde habría habido que comenzar una historia natural de la destrucción? ¿Por una visión general de los requisitos técnicos, de organización y políticos para realizar ataques a gran escala desde el aire, por una descripción científica del fenómeno hasta entonces desconocido de las tormentas de fuego, por un registro patográfico de las formas de muerte características, o por estudios psicológicos del comportamiento sobre el instinto de huida y de retorno al hogar? Nossack escribe que no había cauces para la corriente de población que, después de los ataques aéreos sobre Hamburgo, «silenciosa e incesantemente lo inundaba todo», y por pequeños arroyuelos llevaba el desasosiego hasta las aldeas más apartadas. Apenas habían llegado los fugitivos a alguna parte, continúa Nossack, se ponían otra vez en marcha, seguían su camino o trataban de volver a Hamburgo, «ya fuera para salvar todavía algo o para buscar a parientes», ya fuera por los oscuros motivos que obligan al criminal a volver al lugar del crimen.⁴⁰ En cualquier caso, diariamente se desplazaba una inmensa cantidad de gente. [...]

Los desplazamientos de huida y retorno al hogar de la población bombardeada serían así, desde el punto de vista behaviorista, algo absolutamente parecido a ejercicios preparatorios de iniciación de la sociedad móvil que se constituyó en los decenios posteriores a la catástrofe, bajo cuyo patrocinio aquella inquietud crónica se convirtió en virtud cardinal.

[.....]

«Ratas y moscas dominaban la ciudad. Insolentes y gordas, las ratas correteaban por las calles. Pero todavía más repugnantes eran las moscas. Grandes, de reflejos verdes, como no se habían visto nunca. Daban vueltas como

Copulando unas sobre otras y se calentaban, cansadas y hartas, en los cristales rotos de las ventanas. Cuando no Susurros y zumbidos eran lo primero que oíamos al despertar. Esto sólo cesó a finales de octubre.»⁴²

[.....]

E. Kingston-McCloughry, que dice que el aparente vagar sin rumbo de millones de personas sin hogar en medio de aquella inmensa devastación era un espectáculo horrible, profundamente inquietante. No se sabía dónde se alojaba aquella gente, aunque, al caer la oscuridad, las luces en las ruinas mostraban dónde se habían instalado.⁴⁵

[.....]

En Hamburgo, dice Dagerman, habló con un tal señor Schumann, empleado de banco, que llevaba a tres años viviendo bajo tierra.

[.....]

Habla también de la profunda letargia y la califica de característica más destacada de la población de las grandes ciudades.

[.....]

En lugar de ello, volvió a despertar con sorprendente rapidez ese otro fenómeno natural, la vida social. La capacidad del ser humano para olvidar lo que no quiere saber, para no ver lo que tiene delante pocas veces se ha puesto a prueba mejor que en Alemania en aquella época.

[.....]

El reportaje de Kluge sobre la destrucción de Halberstadt comienza con la historia de una empleada de un cine, la señora Schrader, que, después de caer las bombas, se pone inmediatamente a trabajar, con una pala del refugio antiaéreo, para poder «despejar los escombros —como espera— antes de la sesión de las dos de la tarde».⁵⁵ En el sótano, donde encuentra varios fragmentos de cuerpos cocidos, pone orden colocándolos por de pronto en la caldera del lavadero. Nossack cuenta cómo, al volver a Hamburgo unos días después del ataque, vio a una mujer que en una casa, «que se alzaba sola e intacta en medio del desierto de escombros», estaba limpiando las ventanas. «Creímos ver una loca —escribe, y continúa—: Lo mismo ocurrió cuando nosotros, los niños, vimos limpiar y rastrillar un jardín delantero. Era tan incomprensible que se lo contamos a los otros como si fuera un milagro. Y un día llegamos a un barrio periférico totalmente intacto. La gente se sentaba en el balcón y tomaba café. Era como una película, realmente imposible.»⁵⁶

[.....]

Por otra parte, la rutina que se impone por encima de los acontecimientos catastróficos, desde preparar una tarta

para el café de sobremesa hasta mantener los rituales culturales más elevados, es el medio más eficaz y natural de conservar el llamado sano juicio. En ese contexto encaja también el papel que desempeñó la música durante el derrumbamiento del Reich alemán. Siempre que había que evocar la gravedad del momento se recurría a la gran orquesta, y el régimen utilizaba el gesto afirmativo del final sinfónico, haciéndolo suyo. En eso no cambió nada cuando se extendieron alfombras de bombas sobre las ciudades alemanas

[.....] y las cosas toman finalmente un giro alegórico y fabuloso; pero en conjunto se trata en primer lugar de la pura facticidad, de la estación del año y el tiempo atmosférico, del punto de vista del observador, del ruido triturador de la escuadrilla que se acerca, del resplandor rojo en el horizonte, del estado físico y mental de los que han huido de la ciudad, de las bambalinas quemadas, las chimeneas que curiosamente siguen en pie, la ropa blanca que se seca en la ventana de la cocina, de una cortina desgarrada que se agita al viento en una terraza vacía, de un sofá con funda de ganchillo y de otras cosas innumerables, perdidas para siempre, y también de los escombros bajo los que están sepultadas, de la aterradora vida nueva que se agita debajo y de la repentina avidez del ser humano por los perfumes.

[.....]
El tono con que se informa es el del mensajero en una tragedia clásica. Nossack sabe que, con frecuencia, se ahorca a esos mensajeros. En su memorando sobre el hundimiento de Hamburgo incluye la parábola de un hombre que afirma tener que contar cómo fue, y a quienes sus oyentes dan muerte porque difunde un frío

mortal.

[.....]

El valor ilustrativo de esos auténticos hallazgos, ante los que toda ficción palidece, determina también el trabajo arqueológico de Alexander Kluge en las escombreras de nuestra existencia colectiva. Su texto acerca del ataque aéreo sobre Halberstadt comienza en el momento en que la programación mantenida desde hace años del cine Capitol, que ese 8 de abril debía proyectar la película *Heirnkehr* (Retorno al hogar), con Paula Wessely y Attila Hörbiger, se ve interrumpida por el programa superior de la destrucción, y la señora Schrader, experimentada empleada, trata de despejar los escombros antes de que empiece la sesión de las dos de la tarde. El carácter casi humorístico de ese pasaje, que he mencionado ya, resulta de la extrema discrepancia entre los campos de acción activo y pasivo de la catástrofe, o mejor dicho de la impropiedad de las reacciones reflejas de la señora Schrader, para la que «la devastación del lado derecho del cine.., no tenía ninguna relación significativa ni dramática con la película proyectada».⁸⁶ Igualmente irracional parece la aparición de una compañía de soldados, encargados de desenterrar y clasificar «cien cadáveres, algunos de ellos muy mutilados, en parte de la superficie y en parte de profundidades reconocibles»,⁸⁷ sin que sepan qué objeto tiene esa «operación» dadas las circunstancias. El fotógrafo desconocido, que comparece ante una patrulla militar y afirma que «quería fotografiar la ciudad en llamas, su ciudad natal, en medio de la desgracia»,⁸⁸ se orienta como la señora Schrader por lo que le dice su instinto profesional, y su intención de documentar también el final no resulta absurda sólo porque sus

fotografías, que Kluge incorpora al texto, nos han llegado, lo cual, dadas las condiciones, difícilmente hubiera podido esperar el fotógrafo. Las mujeres de vigilancia en la torre, la señora Arnold y la señora Zacke, con sillas plegables, linternas, termos, paquetes de bocadillos, gemelos y aparatos de radio, siguen informando debidamente cuando la torre comienza ya a moverse bajo ellas y el revestimiento de madera empieza a arder. La señora Arnold acaba sus días bajo una montaña de escombros sobre la que hay una campana, mientras que la señora Zacke, con un muslo roto, tiene que esperar horas hasta que los que huyen de las casas de Martiniplan la salvan. Los invitados a una boda en el mesón El Caballo están ya enterrados doce minutos después de la alarma general, con todas sus diferencias sociales y animosidades:

El novio era de una familia pudiente de Colonia, la novia, de Halberstadt, de la clase más baja. Esa y muchas otras historias que integran el texto muestran cómo los individuos y grupos afectados son incapaces aún, en medio de una catástrofe, de evaluar el grado real de una amenaza y apartarse de sus papeles prescritos. Dado que, como subraya Kluge, en el acelerado desarrollo de la catástrofe, el tiempo normal y la experiencia sensorial del tiempo» se separan.

III

[.....]

Olía a podredumbre y humedad, y siempre temía tropezar con algún cadáver de animal o algún cuerpo humano. Unos años más tarde se inauguró un autoservicio en los terrenos del Herzschloss, en una construcción a ras de suelo, sin ventanas y horrorosa, y el jardín de la villa, en otro tiempo hermoso, desapareció definitivamente bajo un estacionamiento alquitranado. Ese es, reducido a un mínimo común denominador, el capítulo principal de la historia de la posguerra alemana. Cuando, a finales de los sesenta, fui por primera vez de Inglaterra a Sonthofen, vi con un estremecimiento el fresco de vituallas pintado (como propaganda al parecer) en la pared exterior del establecimiento de autoservicio. Debía de tener unos seis metros por dos, y representaba, en colores del rosa al sanguinolento, una enorme fuente de fiambres, como había a la hora de cenar en toda mesa que se respetase.

[.....]

En la ex RDA el tema de la guerra aérea no se había evitado, y todos los años se conmemoraba el ataque sobre Dresde. Aquella señora de Greifswald no parecía tener idea de la instrumentalización del hundimiento de esa ciudad por la retórica oficial del Estado alemán oriental,

[.....]

Desde Hamburgo me escribió el doctor Hans Joachim Schröder, enviándome, de su estudio de mil páginas publicado por Niemeyer en 1992, *Die gestohlenen Jahre – Erzählgeschichten und Geschichtserzählung im Interview: Der Zweite Weltkrieg aus der Sicht ehemaliger Mannschaftssoldaten* (Los años robados. Historias narradas y narración histórica en entrevistas: la Segunda Guerra Mundial desde el punto de vista de los antiguos soldados), el capítulo séptimo, dedicado a la aniquilación de Hamburgo, del que se deducía, según el doctor Schröder, que la memoria colectiva de los alemanes sobre la guerra aérea no estaba tan muerta como yo suponía. Lejos de mí dudar de que en la mente de los testigos hay muchas cosas guardadas, que se pueden sacar a la luz en entrevistas. Por otra parte, sigue siendo sorprendente por qué vías estereotipadas se mueve casi siempre aquello de lo que se deja constancia. Uno de los problemas centrales de los llamados «relatos vividos» es su insuficiencia intrínseca, su notoria falta de fiabilidad y su curiosa vacuidad, su tendencia a lo tópico, a repetir siempre lo mismo.

[.....]

No he leído esos libros, pero me resulta difícil imaginar

que un género escrito *ad usum delphini* encontrara la medida exacta para describir la catástrofe alemana. En la mayoría de las cartas que recibí se trataba de promover algún interés particular. Evidentemente, rara vez sucedió de una forma tan franca como en el caso de un catedrático superior de instituto de una ciudad de la Alemania Occidental, que tomó como pretexto mi discurso de Colonia, publicado en el *Frankfurter Rundschau*, para escribirme una larga epístola. El tema de la guerra aérea, sobre el que yo dije algo también en Colonia, interesaba poco al señor K., que deberá permanecer en el anonimato.

[.....]

Los casos clínicos presentados por Alexander y Margarete Mitscherlich en su libro *La incapacidad para llorar* permiten sospechar al menos que hay una relación entre la catástrofe alemana ocurrida bajo el fascismo de Hitler y la regulación de los sentimientos íntimos en una familia alemana. En cualquier caso, la tesis de las raíces psicosociales de la aberración que se desarrolló en toda la sociedad con la mayor consecuencia me parece tanto más iluminadora cuanto más leo esos relatos de vidas. Es cierto que hay también en ellos auténticas tomas de conciencia, intentos de autocrítica y momentos en que la espantosa verdad sale a la superficie, pero casi siempre se reanuda el inocente tono de conversación que está en contradicción tan evidente con la realidad de esa época.